

**Resumen del curso de
'Teología del gozo' del
Profesor Antonio Oliver**

Sobre el autor

Antonio Oliver Monserrat nació el 29 de mayo de 1926 en Vilafranca de Bonany (Mallorca), una tierra que siempre permaneció unida a su identidad. Falleció el 9 de enero de 1994 a causa de un paro cardíaco, dejando un legado intelectual y espiritual que continúa inspirando a miles de personas.

Sacerdote teatino, historiador, filósofo, humanista y extraordinario comunicador, Antonio Oliver fue una de las figuras más brillantes del pensamiento español de la segunda mitad del siglo XX. Ingresó muy joven en la Orden de Clérigos Regulares (Teatinos), donde profesó sus votos religiosos en 1943 y fue ordenado sacerdote en Roma el 4 de marzo de 1950.

Su insaciable vocación por el conocimiento le llevó a desarrollar una sólida formación académica internacional. Se licenció en 1952 en Historia de la Iglesia en la Universidad Gregoriana de Roma obteniendo el doctorado dos años más tarde. Diplomado en Biblioteconomía y Archivística por la Escuela Vaticana, amplió estudios en el Instituto Católico de París y en la Universidad de Friburgo. Durante cinco años fue alumno del filósofo Martin Heidegger, una experiencia que marcaría profundamente su forma de comprender al ser humano, la cultura y la trascendencia.

Especialista de referencia en la figura de Ramón Llull, fue profesor de la Maioricensis Schola Lullística, colaboró en la edición crítica de las obras latinas del pensador mallorquín en la Universidad de Friburgo y formó parte del Consejo Rector del Estudio General Luliano de Palma. Su actividad docente se extendió también a la Universidad Autónoma de Madrid donde impartió el curso de Humanidades Contemporáneas y a la Universidad Pontificia de Comillas, donde impartió Historia del Pensamiento.

Sin embargo, quienes lo conocieron coinciden en que su mayor talento no residía únicamente en su extraordinaria erudición, sino en su capacidad para hacer accesibles las grandes preguntas de la existencia. Orador excepcional, poseía un don poco común para comunicar ideas complejas con claridad, profundidad y belleza. A partir de 1981 impartió numerosos cursos y seminarios sobre humanidades, antropología, mitología y pensamiento, convirtiéndose en un maestro admirado por generaciones de alumnos.

Sus conferencias trascendían el ámbito académico y trataban en profundidad al hombre y a Dios, focalizándose en el sentido de la vida, del mito, de la libertad y de la condición humana. Quienes asistían a sus clases recuerdan auditorios siempre llenos y un silencio absoluto ante una palabra capaz de despertar asombro, reflexión y esperanza. Décadas después de su

fallecimiento, muchas de aquellas enseñanzas siguen escuchándose y continúan encontrando nuevos oyentes, prueba de la vigencia de un pensamiento que nunca perdió actualidad.

A lo largo de su vida desempeñó importantes responsabilidades dentro de la Orden Teatina, entre ellas las de Prefecto de Estudiantes, Superior del Seminario Teatino de Son Espanyolet, Director del Colegio de San Cayetano y Vicario Provincial, combinando siempre el servicio pastoral con una intensa actividad intelectual.

Fue también una referencia imprescindible para los estudios sobre Ramón Llull, la historia de la Iglesia y el pensamiento medieval, con numerosas publicaciones que siguen siendo objeto de consulta por investigadores y especialistas.

Como reconocimiento a una trayectoria dedicada al conocimiento, la enseñanza y el servicio, fue nombrado Hijo Ilustre de Vilafranca de Bonany tras su fallecimiento. Hoy una calle de Palma de Mallorca lleva su nombre, recordando a quien hizo del pensamiento una forma de iluminar la vida de los demás.

Antonio Oliver Monserrat fue siempre reconocido por sus alumnos como un maestro sabio y humilde cuya influencia no termina con su tiempo. Su voz continúa resonando porque supo responder, con inteligencia, sensibilidad y una profunda humanidad, a las preguntas que siguen acompañando al ser humano generación tras generación.

Sobre este resumen

Este documento trata de resumir el curso sobre 'Teología del gozo' que el P. Antonio Oliver impartió en Madrid en 1990..

El curso tiene una duración de más de 10 horas que han sido transcritas y luego resumidas, mediante el uso de inteligencia artificial, para poder condensar en un discreto resumen las principales ideas que el autor trata de transmitir.

La fuerza de la palabra de Oliver es imposible de plasmar en un documento resumido, sin embargo es posiblemente una buena puerta de entrada para que si el lector encuentra resonancia en sus ideas pueda dirigirse a los audios completos que se encuentran disponibles de manera gratuita.

Índice

Teofanías (Antiguo Testamento) y Metanoia (Nuevo Testamento)	8
La encarnación	11
Dios es Amor	15
Hacia el hombre nuevo	19
Amigo de pecadores	23
Las fuentes de agua viva	27
La fe, nueva dimensión	31
La experiencia de Dios	35

Hacia la novedad del gozo

El cristianismo se caracteriza por una tensión permanente hacia la novedad. Todo aquello que permanece inmóvil, que se limita a repetir el pasado o que considera concluido el camino recorrido resulta contrario a su propia esencia. El creyente no está llamado a instalarse en lo ya conocido, sino a avanzar continuamente hacia una realidad siempre mayor. Lo viejo sólo posee valor cuando actúa como fundamento que impulsa hacia lo nuevo. La tradición no existe para inmovilizar al hombre, sino para hacer posible un crecimiento constante. Del mismo modo que cada generación se apoya sobre las anteriores para alcanzar una comprensión más profunda de la realidad, también la fe avanza gracias a quienes la precedieron. Ninguna etapa queda anulada, pero ninguna constituye tampoco la meta definitiva. La historia de la teología puede entenderse como el crecimiento de un niño que descubre progresivamente dimensiones de la verdad que antes no podía comprender. Cada generación contempla un horizonte más amplio porque se sostiene sobre la experiencia acumulada por quienes la precedieron. Por ello la fidelidad auténtica no consiste en repetir exactamente las mismas formulaciones, sino en continuar desarrollando el dinamismo interior que las hizo nacer.

Esta apertura permanente exige un modo nuevo de comprender el conocimiento cristiano. No basta con dominar conceptos, aprender doctrinas o repetir definiciones. Tampoco basta con limitarse a un comportamiento moral correcto. Tanto el saber como la ética son dimensiones indispensables, pero ninguna de ellas expresa todavía la plenitud de la existencia cristiana. La tradición occidental desarrolló primero una gran teología del pensamiento, convencida de que conocer la verdad constituía la meta suprema. Más tarde apareció una comprensión centrada en el comportamiento moral, identificando la perfección con el cumplimiento de unas normas. Sin embargo, ambas perspectivas permanecen incompletas. El cristianismo culmina cuando el conocimiento y la conducta desembocan en una experiencia de belleza, libertad, alegría y gozo. La verdad no está destinada únicamente a ser comprendida ni el bien únicamente a ser practicado; ambos encuentran su plenitud cuando se transforman en vida gozosa. La meta no es poseer la verdad, sino vivirla hasta convertirla en una fuente de libertad creadora.

Por ello el Evangelio no puede reducirse a un sistema de ideas ni a un código moral. Cristo no se presenta primero como una doctrina, sino como una persona que interpela y atrae hacia una profundidad siempre mayor. El encuentro con Él comienza contemplando su humanidad, pero no termina en ella. Quien acepta esa invitación descubre progresivamente que el verdadero centro de Cristo es Dios mismo. La humanidad conduce a la divinidad y, al mismo tiempo, revela el verdadero significado de la condición humana. Cristo es plenamente hombre precisamente

porque es plenamente Dios. De igual manera, el hombre sólo alcanza su auténtica humanidad cuando deja que en él se manifieste esa dimensión divina hacia la que está llamado. La existencia humana aparece entonces como un camino abierto hacia el infinito, un crecimiento que nunca concluye porque Dios constituye siempre un horizonte inagotable. Cada descubrimiento abre otro nuevo, y cada paso dado despierta un deseo aún mayor de avanzar. La vida no consiste en alcanzar una meta definitiva, sino en permanecer siempre en movimiento hacia una plenitud que nunca deja de ensancharse.

Este dinamismo explica también por qué la revelación continúa desplegando toda su riqueza a lo largo de la historia. Cristo mismo anunció que todavía quedaban muchas cosas por comprender y que sólo el paso del tiempo permitiría asimilarlas. No porque cambiara la verdad revelada, sino porque el hombre necesitaba madurar para poder recibirla. La historia constituye así un largo proceso pedagógico mediante el cual Dios prepara a la humanidad para comprender cada vez con mayor profundidad el misterio que ya le ha sido entregado. Cada época descubre aspectos que permanecían ocultos para las generaciones anteriores, no porque las contradiga, sino porque prolonga el camino iniciado por ellas. La verdadera novedad nace siempre de una fidelidad creadora al pasado.

La realidad entera participa de este mismo movimiento. Todo cuanto existe aparece estructurado mediante tensiones complementarias que sólo alcanzan su sentido cuando convergen en una unidad superior. La inteligencia humana tiende espontáneamente a separar los contrarios: razón y sentimiento, análisis y síntesis, masculino y femenino, tiempo y eternidad, materia y espíritu. Sin embargo, ninguno de esos polos agota por sí mismo la realidad. Cada uno posee únicamente una parte de la verdad y necesita abrirse al otro para alcanzar su plenitud. Mientras permanece encerrado en sí mismo, sólo constituye una promesa. La verdadera fecundidad comienza cuando cada realidad acepta renunciar a su aislamiento para encontrarse con aquello que aparentemente la contradice. No se trata de destruir las diferencias, sino de integrarlas en una unidad más profunda donde ambas conservan su identidad y, al mismo tiempo, se enriquecen mutuamente.

Esta dinámica puede comprenderse mediante la idea de síntesis. Toda realidad comienza afirmándose a sí misma, pero alcanza su plenitud únicamente cuando descubre aquello que le falta y se dirige hacia ello. El hombre no se define sólo por lo que posee, sino también por aquello que todavía busca. Lo que le falta forma parte de su identidad tanto como aquello que ya ha conquistado. Por eso el crecimiento consiste siempre en salir de uno mismo. La existencia se convierte en un movimiento continuo de apertura, de cesión y de encuentro. Sólo quien abandona la rigidez de sus propias certezas puede participar de una realidad más amplia. La

síntesis no elimina las diferencias, sino que las armoniza en una totalidad nueva donde aparece la verdadera libertad.

En este proceso adquiere especial importancia la noción clásica de causa final. Todo cuanto existe se comprende verdaderamente desde la meta hacia la que se dirige. Una casa se construye para ser habitada; precisamente ese destino futuro da sentido a todo el esfuerzo realizado durante su construcción. Del mismo modo, la vida humana sólo puede interpretarse correctamente desde la plenitud a la que está llamada. El futuro no constituye una simple consecuencia del pasado; es el motor que impulsa el presente. La esperanza sostiene la historia porque el hombre vive atraído por aquello que todavía no posee. La meta futura actúa ya desde ahora como una fuerza que orienta todos los pasos del camino. La alegría definitiva no aparece únicamente al final, sino que comienza a manifestarse desde el mismo instante en que el hombre inicia ese recorrido. Caminar hacia la plenitud constituye ya una forma de participar en ella.

Por eso la libertad, el gozo y el juego aparecen como expresiones privilegiadas de la existencia cristiana. El juego simboliza una actividad que posee sentido en sí misma, que no está sometida únicamente a la utilidad o al rendimiento. Del mismo modo, la alegría no puede imponerse desde fuera ni producirse únicamente mediante razonamientos. Sólo brota allí donde el hombre participa interiormente en la realidad hacia la que está llamado. El cristianismo no culmina en una obligación cumplida, sino en una existencia reconciliada consigo misma, capaz de vivir con gratuidad y creatividad. La verdadera libertad nace cuando el hombre deja de defender únicamente lo propio y comienza a enriquecerse con aquello que recibe de los demás. Entonces la vida entera se convierte en una danza donde cada uno aporta lo que posee y acoge aquello que le falta. La plenitud no pertenece al individuo aislado, sino a la comunión.

La novedad cristiana consiste, por tanto, en comprender que el hombre nunca está terminado. Toda la creación permanece abierta, toda la historia continúa creciendo y cada persona vive llamada a una transformación constante. Lo nuevo no representa una ruptura caprichosa con el pasado, sino la maduración de todo cuanto éste llevaba ya oculto en su interior. El creyente vive impulsado por esa promesa, sabiendo que el futuro explica el presente y que la plenitud de Dios constituye la verdadera meta de toda la existencia. La fe deja así de entenderse como una simple conservación del pasado para convertirse en una aventura creadora donde conocimiento, amor, libertad y gozo avanzan inseparablemente hacia una realidad siempre nueva, siempre más amplia y siempre más profunda que cualquier conquista alcanzada hasta ese momento.

Teofanías (Antiguo Testamento) y Metanoia (Nuevo Testamento)

Perfecto. Aquí tienes el texto redactado **en una única parte**, con el mismo estilo que los anteriores: continuo, desarrollado y sin dividir en apartados. Basado en el documento que has subido.

El cristianismo sólo puede comprenderse desde la novedad permanente. La fe no consiste en conservar intacto un conjunto de ideas heredadas ni en repetir fórmulas del pasado, sino en vivir un proceso continuo de renovación. El creyente está llamado a leer el Evangelio con ojos siempre nuevos, porque la Palabra de Dios permanece viva únicamente cuando es capaz de iluminar cada momento histórico desde una perspectiva inédita. Cuando la fe deja de renovarse se convierte en una realidad fosilizada, incapaz de ofrecer respuestas al hombre de su tiempo. El cristiano no puede conformarse con haber sido nuevo alguna vez; debe convertirse constantemente en un hombre nuevo, capaz de descubrir la presencia de Dios allí donde la historia sigue desarrollándose. La Navidad constituye el símbolo por excelencia de esta realidad. Dios no aparece con el poder o la grandeza que el hombre espera, sino en la fragilidad de un niño. Siempre que Dios se manifiesta inaugura un comienzo, abre un horizonte de posibilidades y devuelve al hombre a la infancia espiritual. El niño representa la disponibilidad absoluta, la esperanza ilimitada y la apertura al futuro. Por eso sólo quien conserva un corazón de niño puede reconocer la presencia de Dios. La experiencia religiosa auténtica nace en la capacidad de maravillarse, de contemplar y de guardar silencio. Dios no se impone mediante demostraciones espectaculares, sino que se descubre en la sensibilidad interior, allí donde el hombre mantiene viva la capacidad de sorprenderse.

Esta forma de comprender la revelación aparece ya en las grandes teofanías del Antiguo Testamento. Moisés desea contemplar el rostro de Dios porque comprende que toda su vida sólo encuentra sentido si desemboca en el infinito. Sin embargo, Dios le muestra que nadie puede poseer plenamente su presencia. Moisés únicamente alcanza a contemplar su paso, nunca su rostro detenido. Dios se manifiesta caminando por la historia. Primero se perciben sus pasos, después pasa junto al hombre y finalmente sólo puede contemplarse el camino que deja

abierto hacia el futuro. La revelación no consiste en una presencia inmóvil, sino en un dinamismo continuo que impulsa al hombre a seguir avanzando. Algo semejante sucede con Elías. Dios no aparece en el terremoto, en el huracán ni en el fuego, sino en la brisa suave que sigue a todos esos acontecimientos. La verdadera presencia divina no se identifica con el ruido, la violencia o el espectáculo, sino con la serenidad, la paz y la profundidad que nacen en el interior del corazón. La historia humana, con todas sus crisis y convulsiones, constituye el escenario donde Dios sigue actuando, pero sólo quien aprende a escuchar la brisa silenciosa puede descubrirlo.

Esta comprensión desemboca en el Nuevo Testamento mediante una idea central: el cristianismo es un camino. Los primeros discípulos son descritos como aquellos que siguen el Camino, porque la identidad cristiana no consiste en permanecer inmóviles, sino en caminar continuamente. Cristo mismo se define diciendo: «Yo soy el camino». No afirma simplemente que enseña un camino, sino que Él mismo es el camino que conduce al Padre. La vida cristiana no puede detenerse nunca. Cada etapa alcanzada exige una nueva conversión. La palabra griega *metanoia* expresa precisamente este cambio permanente de mentalidad. Convertirse no significa únicamente arrepentirse de los errores cometidos, sino renovar constantemente la manera de pensar, abandonar las seguridades adquiridas y abrirse a una comprensión siempre más profunda de la realidad. Cada momento de la existencia exige un pensamiento nuevo. La conversión no es un acontecimiento aislado, sino una actitud que acompaña toda la vida. El creyente nunca puede considerar terminada su formación espiritual porque el Reino de Dios continúa desplegándose en su interior.

Esta transformación permanente sólo resulta posible mediante una ley fundamental de la existencia humana: para vivir es necesario morir continuamente. Cristo utiliza la imagen del grano de trigo que cae en tierra y muere para dar fruto. Toda auténtica fecundidad nace de la capacidad de abandonar aquello que ya ha cumplido su función. El hombre crece precisamente porque deja morir las etapas anteriores de su propia vida. Cada nueva comprensión exige renunciar a la anterior; cada madurez supone despedirse de formas antiguas de pensar y de vivir. Quien se aferra a lo ya conquistado permanece estéril, mientras que quien acepta morir constantemente produce un fruto cada vez mayor. La historia personal se construye sobre todas esas pequeñas muertes interiores que permiten nacer continuamente a una realidad más plena. De este modo, la conversión se convierte en un movimiento ininterrumpido donde cada paso abre la posibilidad de otro paso aún más profundo.

La vida cristiana aparece entonces como un regreso permanente al origen. El punto de llegada coincide con el punto de partida. El hombre nace de Dios y toda su existencia consiste en volver libremente hacia Él. Cristo invita a recorrer ese camino mediante una continua transformación interior que conduce nuevamente a la infancia espiritual. El niño con el que comienza la vida termina convirtiéndose en el ideal hacia el que toda la existencia se orienta. Por eso el verdadero nacimiento no es únicamente el biológico, sino el que se alcanza al final del camino, cuando el hombre ha dejado morir todas sus falsas seguridades y recupera plenamente la sencillez, la libertad y la apertura propias del niño. La fe consiste, en definitiva, en caminar incesantemente hacia esa plenitud, descubriendo a Dios en la historia, en el silencio, en la comunidad y en el propio corazón, sabiendo que cada paso dado constituye una nueva oportunidad para comenzar de nuevo y avanzar hacia una realidad siempre más grande.

La encarnación

La encarnación constituye el centro del proyecto creador de Dios y la clave para comprender el sentido de toda la historia. Dios no crea el mundo de manera improvisada ni responde posteriormente a los acontecimientos humanos con soluciones sucesivas. Desde antes de la creación existe un designio único que da unidad a toda la realidad. La creación, la encarnación y la salvación no son momentos independientes, sino dimensiones inseparables de un mismo proyecto. Dios crea porque quiere comunicarse al hombre; se encarna porque desea compartir plenamente la condición humana, y salva porque desde el principio había querido conducir toda la creación hacia su plenitud definitiva. Nada de cuanto existe puede comprenderse al margen de este designio. La creación no es un simple escenario donde más tarde tendrá lugar la historia de la salvación, sino el primer momento de un movimiento continuo cuyo centro es Cristo. La encarnación no aparece como una respuesta de Dios al pecado del hombre, sino como la culminación de un proyecto eterno de amor que estaba presente desde el origen mismo del universo.

Esta perspectiva obliga a comprender la revelación como un proceso histórico. Dios habla siempre al hombre tal como éste es en cada época. La verdad revelada permanece inmutable, pero la capacidad humana para comprenderla crece con el paso del tiempo. Cada generación recibe el mismo Evangelio, aunque lo hace desde unas categorías culturales, filosóficas e históricas distintas. Los primeros cristianos comprendieron a Cristo desde el horizonte religioso de su tiempo; la Edad Media lo expresó con las categorías propias de la filosofía escolástica; el hombre contemporáneo está llamado a descubrir de nuevo esa misma verdad utilizando el lenguaje y la sensibilidad de nuestro tiempo. No se trata de cambiar el Evangelio, sino de permitir que vuelva a encarnarse en la historia. Del mismo modo que Dios respetó la condición concreta de los hombres entre los que nació Jesús, continúa respetando la cultura, las preguntas y las necesidades de cada época. La fe sólo permanece viva cuando se encarna continuamente en la realidad histórica de quienes la reciben.

Por ello el cristianismo no puede convertirse en una repetición inmóvil del pasado. Toda auténtica tradición permanece abierta al crecimiento. Conservar fielmente el Evangelio no significa reproducir literalmente las formulaciones de otros siglos, sino dejar que el mismo Espíritu siga iluminando nuevas dimensiones de la verdad. La novedad no constituye una amenaza para la fe, sino una consecuencia natural de la propia encarnación. Dios es siempre nuevo porque el amor nunca deja de crear. Cuando la comunidad creyente se aferra

exclusivamente a formas históricas ya superadas e impide que el Evangelio dialogue con el presente, corre el riesgo de convertir la revelación en un objeto del pasado y de impedir que Cristo vuelva a hacerse contemporáneo de cada generación.

La encarnación manifiesta además el verdadero rostro de Dios. La revelación definitiva no aparece mediante signos de poder ni mediante manifestaciones extraordinarias, sino en la fragilidad de un niño. San Pablo resume admirablemente esta verdad al afirmar que, con la llegada de Cristo, apareció la bondad y la ternura de Dios. El centro del Evangelio no es un Dios dominador, vengativo o lejano, sino un Dios que se acerca al hombre con infinita delicadeza. Todo cuanto Dios había comunicado anteriormente mediante la creación, los profetas y la historia de Israel encuentra ahora su expresión definitiva en Jesucristo. Dios ya no habla únicamente a través de acontecimientos dispersos, sino que pronuncia una única palabra total: la humanidad de su Hijo. Contemplar a Cristo significa contemplar el modo definitivo en que Dios ha querido revelarse al mundo.

Precisamente porque Dios se manifiesta haciéndose hombre, la humanidad adquiere una dignidad completamente nueva. El hombre deja de ser simplemente la criatura que busca a Dios para convertirse en el lugar donde Dios decide habitar. La encarnación revela que la condición humana posee una capacidad inmensa para acoger la vida divina. Dios no destruye la humanidad para manifestarse, sino que la lleva a su plenitud. Todo lo auténticamente humano puede convertirse en espacio de encuentro con Dios. El trabajo, la amistad, la inteligencia, el sufrimiento, la belleza, la creatividad y el amor forman parte de ese ámbito donde Dios continúa haciéndose presente. La historia deja así de ser un lugar profano para convertirse en el escenario permanente de la acción divina.

Esta comprensión transforma también la manera de entender la religión. Con frecuencia las religiones han tendido a organizarse alrededor de estructuras, normas y sistemas destinados a garantizar la relación con Dios. Sin embargo, toda estructura posee únicamente un valor provisional. Las instituciones nacen para servir a la vida, nunca para sustituirla. Cuando una institución olvida este carácter instrumental y pretende convertirse en un fin en sí misma, termina dificultando precisamente aquello que debía favorecer. Jesús mostró una extraordinaria libertad frente a todas las estructuras religiosas de su tiempo. Cuestionó el legalismo, denunció la hipocresía de quienes reducían la fe al cumplimiento exterior y recordó constantemente que el hombre está por encima del sábado. No rechazó la religión, sino toda forma de religiosidad que olvidara el amor y colocara las normas por encima de las personas. La auténtica novedad cristiana consiste en devolver al hombre el lugar central que Dios mismo le ha concedido mediante la encarnación.

La salvación tampoco debe entenderse como una realidad futura completamente separada de la existencia presente. Desde el momento en que Dios entra en la historia comienza ya el proceso de salvación. La creación entera avanza hacia su plenitud porque Dios actúa continuamente en su interior. La salvación no se limita a determinados momentos religiosos, sino que atraviesa toda la existencia humana. Dios salva al hombre precisamente en aquello que constituye su vida concreta: sus alegrías, sus sufrimientos, su trabajo, sus relaciones, sus decisiones y su crecimiento interior. Cada instante vivido con autenticidad forma parte de esa acción salvadora. La gracia no aparece únicamente en los actos explícitamente religiosos, sino en toda la realidad humana abierta a la presencia de Dios.

Esta visión conduce necesariamente a una comprensión nueva del amor. Si Dios crea, se encarna y salva por amor, entonces el amor constituye el principio que sostiene toda la realidad. La creación entera se encuentra impregnada por esa presencia amorosa de Dios. Allí donde el hombre ama participa ya del dinamismo mismo de Dios. Toda relación auténtica con el prójimo, toda actitud de respeto hacia la naturaleza y toda búsqueda sincera de la verdad forman parte de ese movimiento por el que Dios conduce el mundo hacia su plenitud. La fe deja así de consistir principalmente en la pertenencia externa a una institución para convertirse en una forma nueva de vivir la existencia. Creer significa dejar que el amor de Dios transforme progresivamente toda la vida.

Desde esta perspectiva también cambia la comprensión de la salvación personal. No se trata de esperar pasivamente un juicio futuro, sino de reconocer que Dios trabaja ya en lo más profundo de cada persona. La vida entera constituye un proceso mediante el cual Dios va configurando al hombre para la eternidad. Ninguna experiencia vivida con amor se pierde. Cada gesto de entrega, cada sufrimiento aceptado, cada alegría compartida y cada acto de auténtica humanidad son incorporados por Dios a ese proceso de salvación que comenzó desde la creación misma. La muerte no inaugura la salvación, sino que lleva a su plenitud una obra que Dios ha ido realizando silenciosamente durante toda la existencia.

Por ello el cristianismo sólo puede vivirse como una profunda experiencia de esperanza y de libertad. Dios no permanece distante observando la historia desde fuera, sino que habita el corazón mismo de la creación y acompaña su desarrollo desde dentro. Toda la realidad está orientada hacia una plenitud que ya ha comenzado. El creyente vive sostenido por la certeza de que Dios continúa encarnándose en cada época y en cada existencia humana, conduciendo silenciosamente toda la creación hacia el cumplimiento del proyecto eterno concebido desde antes del origen del mundo. La encarnación revela así que el universo entero es el lugar donde

Dios desea encontrarse con el hombre y donde el hombre descubre finalmente el sentido pleno de su propia existencia.

Dios es Amor

El amor constituye el núcleo del cristianismo y el destino hacia el que convergen todas las etapas del camino espiritual. El pensamiento y la moral poseen un valor imprescindible, pero ninguno de ellos constituye la meta definitiva. La teología comienza ayudando al hombre a descubrir que la realidad visible remite continuamente a una realidad invisible donde Dios se hace presente. Después orienta la conducta para que esa verdad transforme la vida. Sin embargo, tanto el conocimiento como el comportamiento permanecen incompletos si no desembocan finalmente en el amor. La fe cristiana no encuentra su plenitud en saber más ni en cumplir mejor unas normas, sino en alcanzar una existencia transformada por el amor, porque Dios mismo es amor. Todo el camino cristiano conduce hacia esa experiencia definitiva donde el hombre descubre que el centro de su ser coincide con el centro mismo de Dios. El pensamiento prepara el camino, la moral educa el comportamiento y el amor constituye la meta hacia la que ambas dimensiones apuntan.

El gran peligro aparece cuando el hombre convierte el camino en meta. Entonces la religión deja de ser un medio para llegar a Dios y se transforma en un fin en sí misma. A lo largo de la historia, las religiones han tendido con frecuencia a absolutizar sus propias estructuras, doctrinas, normas y organizaciones, olvidando que todas ellas existen únicamente para conducir al hombre hacia una realidad superior. Cuando la religión se contempla como el objetivo definitivo, deja de abrir el camino hacia Dios y termina sustituyéndolo. La institución, el código moral y el sistema doctrinal ocupan el lugar que sólo corresponde al amor. La religión deja entonces de ser una ayuda y se convierte en un obstáculo. El creyente puede llegar a pensar que basta con pertenecer a una determinada confesión, conocer correctamente unas verdades o cumplir ciertos preceptos para haber alcanzado ya la salvación. Sin embargo, Cristo combate precisamente esa actitud durante toda su vida pública.

Los Evangelios muestran que Jesús nunca dirige sus críticas más duras contra los pecadores, sino contra quienes habían identificado la religión con un conjunto de seguridades exteriores. Publicanos, prostitutas y marginados encuentran siempre acogida porque, desde su propia fragilidad, permanecen abiertos a una transformación interior. En cambio, los escribas, los fariseos y los responsables religiosos aparecen continuamente interpelados porque habían hecho de la religión un sistema cerrado sobre sí mismo. Habían sustituido el encuentro con Dios por el cumplimiento de unas estructuras que consideraban suficientes para garantizar la salvación. Cristo no rechaza la teología ni la moral, pero denuncia con firmeza la tentación de

convertirlas en la meta definitiva. El conocimiento de Dios y el comportamiento moral sólo tienen sentido cuando conducen al amor. Separados de él, terminan perdiendo su verdadera finalidad.

Esta enseñanza aparece expresada con especial claridad en el relato de la puerta estrecha del Evangelio de Lucas. Ante la pregunta de si son muchos los que se salvan, Jesús no responde ofreciendo cifras ni estableciendo porcentajes. Desplaza inmediatamente la atención desde una curiosidad teórica hacia la responsabilidad personal: «Esforzaos por entrar por la puerta estrecha». La salvación no depende de cálculos externos, sino de la respuesta libre de cada persona. Sin embargo, Cristo añade una advertencia sorprendente. Llegará un momento en que algunos llamarán a la puerta convencidos de tener derecho a entrar y oirán como respuesta: «No os conozco». Cuando intenten justificarse recordarán que han comido y bebido con Él y que han escuchado su enseñanza. Es decir, presentarán precisamente los signos externos de la pertenencia religiosa. Sin embargo, esas prácticas, por sí solas, no bastan. La participación en los ritos, el conocimiento doctrinal o la práctica religiosa no constituyen todavía el verdadero encuentro con Dios si no desembocan en una existencia transformada por el amor. La puerta estrecha no consiste en multiplicar observancias, sino en dejar que toda la vida quede configurada por el amor que Dios comunica.

Desde esta perspectiva también adquieren un significado nuevo los sacramentos y las instituciones eclesiales. La Eucaristía, la predicación, la oración y toda la vida de la Iglesia poseen un valor inmenso, pero únicamente cuando cumplen su verdadera función: conducir al hombre hacia el amor. Cuando se transforman en fines autónomos pierden su sentido original. Ningún acto religioso puede sustituir la conversión del corazón. El creyente no participa en la liturgia para tranquilizar su conciencia, sino para dejarse transformar progresivamente por la presencia de Cristo. Toda práctica religiosa permanece orientada hacia una finalidad mucho mayor que ella misma. Allí donde deja de impulsar hacia el amor comienza a vaciarse de contenido.

Esta misma idea aparece desarrollada por la tradición joánica mediante una afirmación decisiva: «A Dios nadie lo ha visto jamás». Dios permanece invisible y ningún hombre puede contemplarlo directamente. Sin embargo, el mismo texto ofrece inmediatamente la única posibilidad de acceder a Él: si los hombres se aman unos a otros, Dios permanece en ellos. El conocimiento de Dios deja así de ser una experiencia puramente intelectual para convertirse en una realidad existencial. Dios no se hace visible mediante visiones extraordinarias, sino allí donde el amor se hace presente entre los hombres. Quien ama verdaderamente participa ya de la vida de Dios y, precisamente por ello, comienza a conocerlo. La experiencia de Dios no nace del aislamiento religioso, sino de la comunión. Amar al hermano constituye la forma concreta de entrar en relación con el Dios invisible.

Esta afirmación modifica profundamente la comprensión de la espiritualidad. Durante mucho tiempo pudo pensarse que el acceso a Dios dependía principalmente de determinadas prácticas religiosas o de experiencias místicas excepcionales. Sin embargo, el Nuevo Testamento sitúa el centro de la vida espiritual en el amor concreto. La presencia de Dios se verifica allí donde una persona es capaz de salir de sí misma para entregarse a los demás. El amor deja de ser únicamente una virtud entre otras para convertirse en el criterio definitivo que revela la autenticidad de toda experiencia religiosa. Todo conocimiento de Dios que no conduzca al amor permanece incompleto. Del mismo modo, todo amor auténtico participa ya, aunque sea de forma implícita, del misterio mismo de Dios.

El libro del Apocalipsis expresa esta realidad mediante una imagen profundamente significativa. Al describir la Jerusalén definitiva afirma que en ella no existe templo alguno porque Dios mismo constituye su templo. La imagen no pretende negar el valor del culto, sino mostrar su plenitud. Mientras el hombre camina por la historia necesita signos, lugares sagrados y mediaciones visibles. Sin embargo, cuando alcanza la comunión plena con Dios esas mediaciones dejan de ser necesarias porque la presencia divina llena toda la realidad. El templo pertenece al camino; la comunión pertenece a la meta. También aquí reaparece la misma lógica: las instituciones religiosas son imprescindibles mientras ayudan al hombre a avanzar, pero nunca deben ocupar el lugar de la realidad definitiva hacia la que conducen.

Desde esta perspectiva puede comprenderse mejor la continua novedad del cristianismo. Cristo afirma en el Apocalipsis: «Yo hago nuevas todas las cosas». Allí donde Dios actúa aparece siempre una renovación profunda. Ninguna formulación histórica puede considerarse definitiva porque el amor permanece vivo y creador. La fe no consiste en conservar inmóviles unas estructuras, sino en dejar que Dios renueve continuamente la vida de la Iglesia y de cada creyente. Toda auténtica experiencia cristiana posee esa capacidad permanente de regeneración porque brota de un Dios que nunca deja de crear. El creyente no puede instalarse en seguridades adquiridas ni considerar terminada su búsqueda. El amor exige un crecimiento constante y mantiene al hombre siempre abierto a horizontes nuevos.

El Evangelio invita así a abandonar una religiosidad basada exclusivamente en normas, prácticas o conocimientos para descubrir el verdadero centro de la existencia cristiana. La religión encuentra su sentido cuando ayuda al hombre a llegar al amor; pierde su razón de ser cuando pretende sustituirlo. El verdadero encuentro con Dios no se produce simplemente en el cumplimiento exterior de unas obligaciones, sino en la transformación interior que permite amar como Él ama. Dios permanece invisible a los ojos, pero se hace plenamente reconocible allí

donde los hombres viven en el amor. Todo el camino cristiano encuentra en esa experiencia su plenitud, porque sólo el amor constituye el verdadero rostro de Dios y el destino definitivo hacia el que camina toda la creación.

Hacia el hombre nuevo

La transformación del hombre constituye el verdadero objetivo del cristianismo. Toda la creación, la encarnación y la salvación convergen hacia un único propósito: hacer posible el nacimiento del hombre nuevo. La fe no consiste únicamente en aceptar unas verdades o en cumplir unas normas morales, sino en permitir que toda la existencia sea renovada desde dentro. El Evangelio propone una transformación tan profunda que afecta al modo de pensar, de sentir, de relacionarse con Dios y con los demás. No se trata de mejorar algunos aspectos del comportamiento, sino de dejar que aparezca una humanidad completamente nueva. Esta renovación sólo puede realizarse mediante un proceso continuo de vaciamiento interior, la *kénosis*, porque únicamente quien aprende a desprenderse de sí mismo puede abrir espacio para que Dios actúe plenamente en él. El camino hacia el hombre nuevo pasa necesariamente por la experiencia del despojo, de la pobreza interior y de la renuncia a las falsas seguridades.

La experiencia de Dios presenta aquí una dificultad fundamental. Con frecuencia se afirma que Dios no puede conocerse únicamente mediante la inteligencia, sino que debe experimentarse. Sin embargo, esta afirmación puede entenderse de manera equivocada, como si Dios fuera simplemente un sentimiento pasajero o una emoción subjetiva. El cristianismo no identifica la experiencia de Dios con un estado afectivo. Dios no está presente sólo cuando se le siente ni desaparece cuando la emoción se extingue. La experiencia cristiana nace de una transformación mucho más profunda del corazón. Tampoco significa renunciar a la razón. La inteligencia sigue siendo necesaria para aproximarse a Dios, del mismo modo que la conducta moral continúa siendo indispensable. Sin embargo, ambas dimensiones encuentran su plenitud únicamente cuando desembocan en una experiencia viva del amor. La razón prepara el camino, la moral orienta la conducta, pero el verdadero encuentro con Dios sólo acontece cuando el hombre permite que toda su existencia quede transformada por Él.

Para expresar esta realidad, la tradición cristiana utiliza el concepto de *kénosis*, palabra griega que significa vaciamiento o despojo. San Pablo afirma que Cristo «se despojó de su rango» para asumir la condición humana. Ese vaciamiento no constituye un episodio aislado de la vida de Jesús, sino la ley fundamental de toda la existencia cristiana. Precisamente porque Cristo se vacía de sí mismo puede convertirse en el hombre nuevo que inaugura una humanidad nueva. Existe una estrecha relación entre el vacío y la novedad. Sólo quien acepta desprenderse de aquello que cree poseer puede renacer continuamente. La novedad nace siempre del vacío. Cuanto más se vacía el hombre de sus falsas seguridades, más espacio deja para que aparezca

una vida nueva. El hombre nuevo no surge acumulando poder, conocimientos o prestigio, sino aprendiendo a perderlos cuando es necesario para dejar paso a una realidad más profunda.

Esta lógica atraviesa toda la historia de la salvación. La creación avanza hacia la encarnación y la encarnación conduce a la salvación definitiva. Sin embargo, este movimiento nunca se desarrolla de forma lineal. Cada paso importante aparece acompañado por una experiencia de vaciamiento. La creación misma progresa mediante rupturas, pérdidas y transformaciones continuas. La encarnación comienza con el anonadamiento del Hijo de Dios, que acepta la condición humana. La salvación culmina en la cruz, donde Cristo experimenta el despojo absoluto. La *kénosis* no constituye un accidente del camino, sino la condición necesaria para que el camino continúe avanzando. Toda auténtica creación, toda verdadera renovación y toda experiencia de salvación atraviesan inevitablemente momentos de oscuridad, de fracaso aparente y de pobreza interior. Allí donde el hombre cree haber perdido todo, comienza con frecuencia la etapa más fecunda de su crecimiento.

Los Evangelios muestran esta verdad de una manera constante. Jesús aparece rodeado precisamente de quienes representan el vacío humano: publicanos, prostitutas, samaritanos, leprosos, viudas, enfermos, ciegos, tullidos, marginados y niños. Los poderosos, los sabios y las autoridades religiosas apenas aparecen junto a Él, salvo para enfrentarse a su mensaje. No se trata de una simple elección sociológica, sino de una profunda enseñanza espiritual. Cristo busca precisamente a quienes ya no pueden apoyarse en sí mismos, porque sólo ellos permanecen verdaderamente abiertos a la acción de Dios. La pobreza, la enfermedad o el fracaso no poseen valor por sí mismos, pero revelan una actitud interior indispensable: quien ya no puede confiar plenamente en sus propias fuerzas se encuentra en mejores condiciones para descubrir que toda su existencia depende finalmente de Dios.

Entre todas esas figuras destaca especialmente el niño. Cuando los discípulos preguntan quién será el mayor en el Reino de los Cielos, Jesús no responde con una teoría, sino colocando un niño en medio de ellos. La respuesta resulta sorprendente: «Si no os hacéis como niños, no entraréis en el Reino de los Cielos». No dice simplemente que conviene parecerse a los niños, sino que es necesario volver a serlo. El niño simboliza la condición humana más profunda. Vive en una dependencia radical, carece de autosuficiencia y experimenta constantemente la posibilidad del abandono. Su existencia está marcada por una confianza absoluta en quien lo sostiene. Precisamente esa vulnerabilidad constituye la imagen del hombre delante de Dios. La infancia espiritual no significa inmadurez, sino conciencia de que ninguna seguridad humana basta para sostener plenamente la vida. El hombre puede acumular riqueza, poder, prestigio o

conocimiento, pero nada de ello elimina la fragilidad que forma parte de su condición más profunda.

La vida adulta tiende continuamente a ocultar esta verdad. El hombre construye alrededor de sí una red de seguridades materiales, afectivas, intelectuales y sociales que le hacen creer que puede sostenerse por sí mismo. Sin embargo, todas ellas son provisionales. Basta una enfermedad, una pérdida, una traición o la proximidad de la muerte para que aparezca nuevamente el niño que permanece escondido bajo todas esas capas de seguridad. La *kénosis* consiste precisamente en aceptar conscientemente esa verdad antes de que la vida la imponga por la fuerza. El creyente aprende a vivir sin absolutizar ninguna de sus seguridades porque sabe que todas ellas son únicamente apoyos transitorios. Su verdadera confianza descansa únicamente en Dios.

Desde esta perspectiva también adquiere un sentido nuevo el sufrimiento. No todo dolor procede de Dios ni todo sufrimiento resulta automáticamente positivo. Sin embargo, cada experiencia de pérdida puede convertirse en una ocasión privilegiada para crecer si conduce al hombre a desprenderse de falsas seguridades y a descubrir un fundamento más profundo para su existencia. Cristo expresa esta ley mediante imágenes que atraviesan todo el Evangelio: el grano de trigo que debe morir para dar fruto, quien pierde su vida para encontrarla o quien ocupa el último lugar para ser finalmente exaltado. La lógica del Reino invierte constantemente los criterios humanos. El verdadero crecimiento no se produce acumulando, sino entregando; no reteniendo, sino desprendiéndose.

La vida de Jesús constituye la realización perfecta de esta dinámica. Su nacimiento ya aparece marcado por la pobreza de un pesebre. Durante toda su existencia vive con una extraordinaria libertad respecto al poder, al prestigio y a las seguridades humanas. Finalmente, la cruz representa el momento culminante de la *kénosis*. Allí desaparecen todas las referencias humanas: los discípulos huyen, la multitud lo abandona, sus enemigos parecen triunfar y hasta experimenta el silencio del Padre con el dramático grito: «Dios mío, ¿por qué me has abandonado?». Humanamente parece el fracaso absoluto. Sin embargo, precisamente en ese instante comienza la verdadera victoria. La resurrección nace allí donde el vaciamiento ha llegado a su plenitud. La vida nueva aparece cuando el hombre ya no puede apoyarse absolutamente en nada que no sea Dios.

Esta misma ley se prolonga en la existencia de cada creyente. La historia personal no avanza mediante una línea continua de éxitos, sino a través de una sucesión de avances y vaciamientos. Cada pérdida, cada crisis y cada renuncia pueden convertirse en un nuevo comienzo si son

vividos desde la confianza. La vida espiritual no elimina esas experiencias, sino que les otorga un significado distinto. Lo que aparentemente constituye una derrota puede transformarse en el punto de partida de una etapa mucho más fecunda. La esperanza cristiana nace precisamente cuando el hombre descubre que Dios sigue actuando incluso allí donde todas las seguridades humanas parecen haber desaparecido.

El hombre nuevo surge, por tanto, cuando acepta recorrer este camino de transformación. No vive instalado en el miedo a perder, sino abierto continuamente a la novedad que Dios hace posible. Aprende a desprenderse de aquello que antes consideraba imprescindible para descubrir una libertad cada vez mayor. La *kénosis* deja entonces de percibirse únicamente como una experiencia dolorosa para convertirse en el espacio donde Dios crea continuamente una humanidad nueva. Quien acepta este proceso descubre que la verdadera plenitud no consiste en poseer más, sino en dejar que Dios ocupe el centro de la existencia. Allí donde el hombre se vacía de sí mismo comienza verdaderamente a nacer el hombre nuevo, capaz de vivir desde la confianza, el amor y la esperanza que no dependen ya de ninguna seguridad pasajera, sino únicamente de la presencia permanente de Dios.

Amigo de pecadores

Jesús aparece constantemente rodeado de pecadores, publicanos, prostitutas, enfermos y marginados. Este hecho constituye uno de los rasgos más sorprendentes del Evangelio y, al mismo tiempo, una de las claves para comprender el verdadero sentido del cristianismo. La elección de esas compañías no responde a una estrategia pastoral ni a un gesto de compasión aislado, sino que revela la lógica misma de Dios. Para comprender esta realidad es necesario aceptar que el camino del hombre hacia Dios pasa siempre por una serie de rupturas interiores. Toda la vida humana avanza mediante un movimiento continuo de crecimiento y desprendimiento. Cada nueva etapa exige abandonar la anterior, y toda verdadera madurez nace de una pérdida. Aunque habitualmente llamamos negativas a esas experiencias, constituyen precisamente el lugar donde germina la vida nueva. Del mismo modo que la semilla debe desaparecer bajo la tierra para dar fruto, también el hombre sólo alcanza una existencia más plena cuando acepta atravesar los momentos de oscuridad que acompañan todo auténtico crecimiento. El Evangelio no oculta esta realidad, sino que la sitúa en el centro mismo del seguimiento de Cristo.

Jesús lo expresa con extraordinaria claridad cuando afirma: «El que quiera venir detrás de mí, que se niegue a sí mismo, tome su cruz y me siga». Estas palabras no constituyen una exigencia moral arbitraria, sino la descripción del proceso mediante el cual el hombre llega a ser plenamente él mismo. Negarse a sí mismo no significa despreciarse ni anular la propia personalidad, sino reconocer que el hombre nunca coincide plenamente con lo que ya es. La existencia permanece siempre abierta hacia una plenitud mayor. Cada etapa alcanzada debe ser superada para que pueda aparecer otra nueva. El hombre vive constantemente entre lo que ya ha llegado a ser y aquello que todavía está llamado a realizar. Por eso toda auténtica vida implica una continua renuncia a las propias seguridades. Quien pretende conservar intacta su situación presente termina impidiendo su propio crecimiento. Sólo quien acepta perder aquello que ya posee puede abrirse a una realidad más amplia.

Esta dinámica atraviesa toda la condición humana. El hombre es siempre un «todavía no». Ninguna etapa de su existencia agota plenamente su identidad. Incluso cuando alcanza importantes logros personales, intelectuales o espirituales, continúa percibiendo que su vocación definitiva permanece más allá. La vida consiste precisamente en avanzar de una plenitud provisional hacia otra mayor. Cada nuevo crecimiento supone dejar atrás una forma anterior de entender la realidad. Por ello el seguimiento de Cristo exige una actitud permanente de

conversión. Negarse a sí mismo significa permanecer siempre disponible para dejar morir aquello que ya ha cumplido su función y permitir el nacimiento de una humanidad nueva.

Esta experiencia resulta inevitablemente dolorosa porque afecta a las seguridades sobre las que el hombre construye su existencia. Toda despedida produce sufrimiento. La pérdida de personas queridas, el fracaso de proyectos, la enfermedad, las crisis personales o el simple paso del tiempo son vividos espontáneamente como experiencias negativas. Sin embargo, el Evangelio invita a contemplarlas desde otra perspectiva. La historia personal demuestra que muchas de las etapas más fecundas de la vida nacen precisamente después de esos momentos de ruptura. Lo que inicialmente parecía una desgracia termina revelándose como el comienzo de un crecimiento inesperado. El hombre suele recordar únicamente el dolor de la caída, olvidando que precisamente gracias a esa caída fue capaz de alcanzar una altura que antes le resultaba imposible. Las experiencias difíciles no constituyen simples accidentes del camino; con frecuencia son el lugar donde la existencia adquiere una profundidad nueva.

Desde esta perspectiva también cambia la comprensión del sufrimiento. El cristianismo nunca hace una exaltación del dolor por sí mismo. El sufrimiento no posee valor porque haga sufrir, sino porque puede convertirse en un espacio donde el hombre abandona falsas seguridades y descubre una libertad mayor. El dolor únicamente adquiere sentido cuando abre el camino hacia una vida más plena. Igual que la cruz sólo puede entenderse desde la resurrección, también las experiencias más oscuras de la existencia sólo encuentran su significado cuando se contemplan como parte de un proceso de transformación. El pozo no constituye el destino final, sino el lugar donde comienza silenciosamente el ascenso. La negatividad no destruye la vida; prepara el nacimiento de una realidad nueva.

Esta lógica permite comprender de un modo diferente la acción de Dios. Con frecuencia el creyente identifica la presencia de Dios con los momentos de paz, de éxito o de consuelo espiritual. Sin embargo, la tradición mística ha insistido siempre en que Dios suele manifestarse con mayor profundidad precisamente cuando parece ausente. Cuanto más cerca está el infinito del hombre, más pone en cuestión las falsas seguridades que éste había construido. La experiencia de Dios no consiste únicamente en recibir consuelos, sino también en dejar que Dios vacíe progresivamente aquello que impide un crecimiento mayor. Por eso los grandes místicos hablan con frecuencia de noches oscuras, silencios de Dios o experiencias de abandono. No porque Dios se aleje, sino porque su presencia resulta tan intensa que desborda la capacidad humana para comprenderla. Lo que el hombre interpreta inicialmente como ausencia puede ser, en realidad, una forma más profunda de presencia.

La razón humana encuentra aquí sus propios límites. El hombre comprende muchas realidades mediante conceptos claros, pero las experiencias más profundas de la vida superan siempre cualquier explicación completa. El amor, la belleza, el sufrimiento o la experiencia de Dios poseen una dimensión que nunca puede encerrarse totalmente en las palabras. Santo Tomás de Aquino afirmaba que de Dios conocemos más aquello que no es que aquello que podemos afirmar positivamente sobre Él. Toda definición resulta insuficiente porque Dios supera infinitamente cualquier concepto humano. Esta incapacidad para comprender plenamente no significa que Dios no exista, sino precisamente lo contrario: indica que su realidad es demasiado grande para quedar encerrada dentro de las categorías limitadas del pensamiento humano. La verdadera sabiduría consiste en aceptar que el misterio no elimina el conocimiento, sino que lo desborda continuamente.

Esta comprensión permite interpretar también la pasión y la muerte de Cristo desde una perspectiva distinta. Jesús no muere únicamente como consecuencia del pecado humano ni la cruz constituye un simple castigo. La muerte pertenece a la condición humana misma. Cristo la asume plenamente porque quiere llevar la humanidad hasta su cumplimiento definitivo. La cruz sólo adquiere sentido desde la resurrección. Separada de ella sería únicamente una tragedia. Sin embargo, contemplada desde la Pascua revela que el aparente fracaso constituye el comienzo de la vida definitiva. La explicación de la muerte no es la muerte, sino la resurrección. Del mismo modo, el sentido del sufrimiento no reside en el sufrimiento mismo, sino en la vida nueva que puede nacer a través de él. Allí donde el hombre únicamente percibe destrucción, Dios está preparando una transformación mucho más profunda.

Todo esto desemboca finalmente en una comprensión nueva del comportamiento de Jesús hacia los pecadores. Cristo no busca a publicanos, prostitutas y marginados porque apruebe su situación moral, sino porque precisamente ellos representan con mayor claridad la condición fundamental del hombre. Quien reconoce su pobreza permanece abierto a recibir una vida nueva. En cambio, quien cree bastarse a sí mismo se encierra en una falsa seguridad que dificulta toda transformación. Los responsables religiosos del tiempo de Jesús habían convertido la religión en un sistema de certezas donde cada uno se sentía justo gracias al cumplimiento de unas normas. Jesús rompe radicalmente ese esquema. Al sentarse a la mesa con pecadores proclama que el Reino de Dios no comienza donde el hombre presume de su perfección, sino donde acepta humildemente su necesidad de salvación. Comer con ellos significa reconocerlos como destinatarios privilegiados del amor de Dios y anunciar que la comunión constituye el verdadero destino de toda la humanidad.

La mesa compartida adquiere así un profundo significado simbólico. En la tradición bíblica el banquete representa la imagen de la plenitud definitiva del Reino de Dios. Cada comida compartida anticipa ya esa comunión futura donde todos serán acogidos por el Padre. Jesús convierte precisamente esa imagen en el centro de su ministerio público. Frente a una religión basada en exclusiones, presenta un Dios que invita continuamente a todos a su mesa. Los primeros invitados no son quienes se consideran perfectos, sino quienes experimentan más intensamente su propia necesidad. Los pecadores ocupan un lugar privilegiado no porque el pecado tenga valor, sino porque la conciencia de la propia fragilidad hace posible acoger el don gratuito de Dios. La verdadera novedad del Evangelio consiste precisamente en revelar que Dios no espera a que el hombre sea perfecto para acercarse a él, sino que se aproxima precisamente allí donde la pobreza humana resulta más evidente.

El cristianismo aparece así como un camino permanente de transformación. Toda la existencia humana avanza entre momentos de plenitud y experiencias de despojo. Cada pérdida prepara una riqueza nueva; cada oscuridad anticipa una luz más profunda; cada despedida abre el camino hacia un encuentro mayor. Jesús, amigo de pecadores, revela que Dios acompaña precisamente ese proceso de crecimiento y que nunca abandona al hombre en sus momentos de mayor fragilidad. Allí donde parece comenzar el fracaso puede estar naciendo silenciosamente la verdadera vida. La cruz prepara la resurrección, el pozo prepara el ascenso y la pobreza del hombre se convierte en el espacio donde Dios manifiesta con mayor fuerza la inmensidad de su amor.

Las fuentes de agua viva

La resurrección constituye el centro del cristianismo y la clave desde la que debe interpretarse toda la vida de Jesús. Durante siglos la espiritualidad cristiana concedió un protagonismo casi absoluto a la pasión y a la muerte del Señor. La Semana Santa se vivía fundamentalmente como una contemplación del sufrimiento, del dolor y del sacrificio de Cristo, mientras que la Pascua aparecía casi como el epílogo de aquella historia. Sin embargo, esta perspectiva altera el verdadero sentido del Evangelio. Jesús no vino al mundo para morir sin más, ni la cruz constituye la meta definitiva de su existencia. La pasión sólo adquiere sentido porque conduce a la resurrección. Cristo no muere para permanecer en la muerte, sino para atravesarla y abrir al hombre el camino hacia una vida nueva. Por ello el Triduo Pascual encuentra su culminación en el Domingo de Resurrección. El Viernes Santo y el Sábado Santo sólo pueden comprenderse desde la luz de la Pascua, porque todo cuanto sucede en ellos está orientado hacia la victoria definitiva de la vida sobre la muerte.

Esta comprensión modifica profundamente la manera de interpretar toda la existencia humana. La vida no puede describirse únicamente como un proceso compuesto por nacimiento, desarrollo y muerte. Si así fuera, la muerte constituiría el punto final de la historia y toda esperanza resultaría ilusoria. El cristianismo afirma, por el contrario, que existe una cuarta dimensión que da sentido a las tres anteriores: la resurrección. Nacer, vivir y morir sólo encuentran su verdadero significado porque conducen a una vida definitiva. San Pablo expresa esta convicción con extraordinaria claridad al afirmar que «si Cristo no ha resucitado, vana es nuestra fe». La muerte, por sí sola, no explica nada; únicamente la resurrección revela el sentido de la muerte. Del mismo modo que la semilla no se deposita en la tierra para que desaparezca, sino para que produzca fruto, también Cristo atraviesa la pasión para hacer posible una vida nueva. El sufrimiento y la muerte no constituyen el destino del hombre, sino el tránsito necesario hacia una existencia más plena.

Esta lógica alcanza igualmente la vida de cada creyente. La resurrección no debe entenderse únicamente como un acontecimiento futuro que tendrá lugar después de la muerte, sino como una realidad que comienza ya durante la existencia presente. El bautismo introduce al hombre en esa vida nueva y le hace participar desde ahora de la Pascua de Cristo. Por eso el Nuevo Testamento puede afirmar que los cristianos han pasado ya de la muerte a la vida. La resurrección no empieza cuando termina la vida terrena; se va realizando silenciosamente en cada acto de amor, en cada entrega y en cada crecimiento interior. Morir significa únicamente

llevar a plenitud un proceso que comenzó mucho antes. La muerte no inaugura la resurrección; la culmina. La vida eterna empieza allí donde el hombre deja que la vida de Cristo transforme progresivamente toda su existencia.

San Juan expresa esta verdad mediante una afirmación decisiva: «Sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida porque amamos a los hermanos». El criterio que permite reconocer la presencia de la vida nueva no consiste en una experiencia extraordinaria ni en un razonamiento intelectual, sino en el amor. Amar constituye la prueba de que la resurrección está ya actuando en el interior del creyente. Permanecer encerrado en el egoísmo significa seguir habitando en el ámbito de la muerte. El paso de la muerte a la vida coincide con el paso desde una existencia centrada exclusivamente en uno mismo hacia una vida abierta a los demás. El amor deja de ser simplemente una virtud para convertirse en el signo visible de la presencia del Resucitado.

Esta perspectiva transforma también la comprensión del juicio final. Durante mucho tiempo predominó una imagen en la que el juicio aparecía como un examen centrado principalmente en las prácticas religiosas, el cumplimiento de las normas o la observancia de determinados preceptos. Sin embargo, el Evangelio de Mateo ofrece un criterio completamente distinto. La escena del juicio final no gira alrededor de cuestiones doctrinales ni de observancias rituales, sino exclusivamente alrededor del amor concreto hacia los demás. El Hijo del Hombre pregunta por el hambre saciada, la sed calmada, la acogida del extranjero, la visita al enfermo y la cercanía al preso. La medida definitiva del hombre no reside en aquello que ha realizado para sí mismo, sino en aquello que ha sido capaz de entregar a los demás. La pertenencia externa a una comunidad religiosa, la participación en los sacramentos o el cumplimiento de determinadas obligaciones sólo adquieren sentido cuando desembocan en una existencia transformada por el amor.

Esta enseñanza conduce necesariamente a una nueva comprensión de la relación entre el individuo y la comunidad. La cultura contemporánea tiende con frecuencia a afirmar el valor absoluto del individuo, concibiendo la comunidad como un simple instrumento al servicio de sus intereses. Otras épocas, por el contrario, han subordinado completamente la persona a la colectividad, sacrificando la libertad individual en beneficio del conjunto. Ninguna de estas posiciones responde a la lógica del Evangelio. El individuo y la comunidad no se oponen entre sí, sino que se necesitan mutuamente. La persona sólo alcanza su plenitud cuando vive abierta a los demás, y la comunidad sólo existe gracias a la riqueza irrepetible de cada persona. Separar ambas dimensiones conduce inevitablemente a la destrucción de las dos.

La biología ofrece una imagen especialmente expresiva de esta realidad. Una célula vive porque forma parte de un organismo y recibe de él cuanto necesita para existir. Sin embargo, el organismo sólo puede mantenerse vivo gracias a la actividad de todas sus células. Cuando una célula decide vivir exclusivamente para sí misma deja de colaborar con el conjunto y comienza a multiplicarse desordenadamente. Entonces aparece el cáncer. Esa célula pretende afirmarse destruyendo el cuerpo que la sostiene, sin advertir que al destruirlo prepara también su propia desaparición. Del mismo modo, el individuo que sólo busca su propio interés termina debilitando la comunidad de la que depende su propia existencia. A la inversa, una comunidad que anula completamente a las personas destruye precisamente aquello que le da vida. El equilibrio sólo aparece cuando cada uno vive para los demás y, precisamente por ello, recibe de los demás la posibilidad de realizar plenamente su propia vocación.

El Evangelio sitúa aquí el fundamento de toda convivencia humana. Amar al hermano no constituye únicamente un deber moral, sino la forma concreta mediante la cual cada persona llega a ser plenamente ella misma. La entrega no empobrece al individuo, sino que lo realiza. Quien se da construye simultáneamente la comunidad y su propia identidad. La persona se descubre a sí misma precisamente cuando deja de buscarse exclusivamente a sí misma. La existencia humana posee una estructura profundamente relacional: nadie puede salvarse aislándose de los demás. El juicio final confirma esta verdad al presentar el amor concreto como único criterio definitivo de la vida cristiana.

Desde esta perspectiva también cambia la manera de contemplar el futuro. El Reino de Dios no pertenece únicamente a un tiempo lejano que llegará algún día, sino que comienza ya a manifestarse en el presente. La resurrección no es únicamente una promesa; es una realidad que actúa silenciosamente dentro de la historia. Cada gesto de amor constituye una anticipación de la vida definitiva. Cada vez que una persona sale de sí misma para servir a otra, la Pascua vuelve a hacerse presente. La eternidad empieza ya allí donde el hombre vive desde la lógica del Resucitado.

Los relatos pascuales de San Juan reflejan precisamente esta dimensión. Nadie contempla el instante mismo de la resurrección porque ésta pertenece a una realidad que trasciende el tiempo y el espacio. Los discípulos no ven a Jesús resucitar; lo encuentran ya resucitado. El misterio no puede reducirse a un acontecimiento físico observable, sino que exige una mirada distinta. No es casual que la primera testigo sea María Magdalena. Ella representa la dimensión del corazón, de la sensibilidad y del amor, capaz de reconocer aquello que la sola razón no alcanza a demostrar. La resurrección no se descubre únicamente mediante argumentos, sino

mediante una vida que aprende a amar. El corazón reconoce antes que la inteligencia la presencia del Resucitado.

Toda la existencia cristiana aparece así iluminada por la alegría. El centro del Evangelio no es el sufrimiento, sino la vida. La cruz conserva toda su importancia, pero únicamente porque conduce a la Pascua. El dolor no posee valor en sí mismo; lo adquiere cuando se convierte en camino hacia una plenitud mayor. El creyente no permanece instalado en el Viernes Santo, sino que vive desde el Domingo de Resurrección. La historia humana se encuentra ya atravesada por esa vida nueva que comenzó con Cristo y que continúa creciendo silenciosamente allí donde los hombres aman, se entregan unos a otros y descubren que el Reino de Dios no pertenece sólo al futuro, sino que está naciendo ya en lo más profundo de la existencia presente.

La fe, nueva dimensión

La fe constituye una dimensión completamente nueva de la existencia humana. No representa simplemente el último peldaño de una forma tradicional de entender la religión, sino el comienzo de una manera nueva de comprender la relación del hombre con Dios. Durante siglos la experiencia religiosa estuvo marcada por el temor y por la ley. El hombre se acercaba a la divinidad con miedo, consciente de su pequeñez ante un poder inmenso y desconocido. Esa actitud no era falsa, pero sí incompleta. Formaba parte de un largo proceso pedagógico que preparaba el descubrimiento definitivo de Dios. El temor podía ser el inicio de la sabiduría, pero nunca su meta. Del mismo modo, la ley constituía una etapa necesaria para orientar la vida humana, aunque tampoco representaba el destino final del hombre. Tanto el temor como la ley eran caminos. Permanecer en ellos significaría detener el crecimiento precisamente cuando el cristianismo invita a continuar avanzando hacia una relación completamente distinta con Dios.

La novedad del Evangelio consiste en afirmar que Dios no quiere ser conocido desde el miedo, sino desde el amor. La historia de las religiones había identificado con frecuencia la presencia de lo divino con el estremecimiento y el temblor. La experiencia religiosa aparecía asociada a una realidad tan poderosa que el hombre sólo podía reaccionar con temor. Sin embargo, la revelación cristiana rompe definitivamente esa lógica. Dios puede provocar temor únicamente cuando el hombre permanece encerrado en la oscuridad de su propio pecado, pero no porque el miedo constituya su verdadera naturaleza. San Juan ofrece la definición más profunda de toda la Escritura cuando afirma simplemente que «Dios es amor». No dice únicamente que Dios ama o que posee amor, sino que el amor constituye su mismo ser. Toda aproximación auténtica a Dios debe desembocar necesariamente en esa experiencia. Si el encuentro con Dios deja únicamente miedo, significa que todavía no se ha llegado verdaderamente hasta Él. Cuando Dios se manifiesta plenamente, despierta confianza, libertad y una alegría tan profunda que transforma por completo la existencia.

Esta afirmación modifica también el modo de entender la historia. Todo el recorrido de la humanidad puede contemplarse como un largo proceso de crecimiento. Las generaciones anteriores no se equivocaron por completo ni vivieron inútilmente. Cada etapa fue necesaria porque preparó la siguiente. Sin embargo, ninguna puede convertirse en definitiva. La historia avanza precisamente porque deja atrás aquello que ya ha cumplido su función. Las grandes estructuras religiosas, políticas o culturales del pasado conservan un inmenso valor, pero únicamente en cuanto han servido para abrir camino hacia una realidad nueva. Quedarse

detenido en ellas supondría convertir el pasado en un obstáculo para el futuro. La tradición auténtica nunca inmoviliza; impulsa siempre hacia una comprensión más profunda de la verdad. Por eso el cristianismo permanece inseparablemente unido a la novedad. Dios no deja de conducir al hombre hacia horizontes que todavía no conoce.

La fe nace precisamente dentro de este movimiento. Con frecuencia se identifica con la aceptación intelectual de determinadas verdades. Sin embargo, creer no equivale todavía a tener fe. La lengua misma permite distinguir ambas realidades. La creencia pertenece principalmente al ámbito del conocimiento. El hombre acepta unas afirmaciones porque las considera razonables o suficientemente demostradas. La fe, en cambio, pertenece al ámbito de la existencia entera. Procede de la confianza. No consiste únicamente en aceptar que Dios existe, sino en entregarse a Él. Por eso la raíz latina de la palabra fe remite al acto de fiarse. Tener fe significa poner toda la vida en manos de Dios. No es un acto exclusivamente intelectual ni exclusivamente afectivo; compromete a toda la persona. El creyente deja de apoyarse únicamente en sus propias seguridades para descansar plenamente en la fidelidad de Dios.

Esta diferencia resulta decisiva porque permite comprender que la fe nunca puede reducirse a una demostración racional. Todo aquello que puede demostrarse pertenece al orden del conocimiento. Dios, en cambio, supera cualquier demostración porque desborda infinitamente la capacidad de la inteligencia humana. No se trata de afirmar que Dios sea irracional, sino de reconocer que es mayor que cualquier razonamiento. Del mismo modo que el amor verdadero nunca puede justificarse completamente mediante argumentos, tampoco la fe puede encerrarse dentro de un silogismo. El enamorado sabe que ama, pero difícilmente consigue explicar por qué. Aquello que constituye el núcleo más profundo de la persona siempre supera las palabras. Lo mismo sucede con la experiencia de Dios. Quien intenta demostrarlo como si fuera un objeto más del conocimiento termina reduciendo su misterio. La fe comienza precisamente allí donde el hombre reconoce que la razón ha llegado hasta su límite y decide confiar en una realidad mayor que ella misma.

La figura de Abraham expresa de manera ejemplar esta actitud. Dios le promete una descendencia tan numerosa como las estrellas del cielo y las arenas del mar. Sin embargo, cuando finalmente nace Isaac, el hijo esperado durante tantos años, Dios le pide que lo entregue en sacrificio. Humanamente aquella petición destruía todas las promesas anteriores. Abraham podría haber razonado que Dios se estaba contradiciendo. Sin embargo, no permanece encerrado en la lógica de sus propios cálculos. Confía incluso cuando no comprende. Su obediencia no nace de la resignación, sino de la certeza de que Dios permanece fiel más allá de aquello que la razón alcanza a entender. La fe no consiste en disponer de todas las respuestas,

sino en seguir caminando incluso cuando las respuestas todavía no han aparecido. Por eso Abraham es llamado padre de los creyentes: porque se fía antes de comprender.

Esta confianza transforma radicalmente la relación entre Dios y el hombre. Dios deja de aparecer como una realidad lejana que interviene ocasionalmente en la historia para convertirse en la presencia más profunda del propio ser humano. Si Dios es amor, sólo puede habitar allí donde existe amor. No ocupa un lugar exterior al hombre, sino el centro mismo de su existencia. El corazón simboliza precisamente ese espacio donde el hombre descubre quién es realmente. Allí donde el hombre ama, Dios ya está presente. No se instala desde fuera como un huésped extraño, sino que despierta desde dentro la capacidad más profunda de la persona. Por eso el camino hacia Dios coincide inseparablemente con el camino hacia el propio interior. Encontrar a Dios significa descubrir el lugar donde el hombre llega finalmente a ser él mismo.

Desde esta perspectiva también cambia el sentido de las pruebas y de las dificultades. Cuando Dios entra verdaderamente en la vida del hombre no destruye su personalidad, pero sí rompe muchas de las falsas seguridades sobre las que ésta se había construido. El infinito no cabe dentro de los límites del hombre sin transformarlos profundamente. Por ello la fe comporta siempre una experiencia de desinstalación. No porque Dios quiera hacer sufrir, sino porque toda auténtica plenitud exige abandonar aquello que resulta demasiado pequeño. El creyente experimenta entonces una paradoja constante: aquello que más desea parece, en un primer momento, deshacer la vida que ya posee. Sin embargo, esa aparente destrucción constituye precisamente el comienzo de una existencia más amplia. La resurrección ofrece el ejemplo definitivo. Quien desea vivir para siempre debe atravesar antes la experiencia de la muerte. Lo finito sólo alcanza la infinitud dejando atrás sus propios límites. La Pascua revela que toda plenitud pasa necesariamente por una transformación que inicialmente puede parecer pérdida, pero que termina manifestándose como la mayor de las ganancias.

Por eso la fe siempre aparece unida a la aventura. Quien se entrega verdaderamente a Dios acepta caminar sin disponer de todas las garantías. La confianza sustituye progresivamente a la necesidad de controlarlo todo. El creyente deja de buscar seguridades absolutas en las demostraciones, en las normas o en las estructuras humanas para apoyarse únicamente en el amor de Dios. Esa confianza no elimina la inteligencia ni desprecia la razón, pero las sitúa en su verdadero lugar. La razón ilumina el camino; la fe permite recorrerlo. Allí donde la inteligencia alcanza su límite comienza un espacio nuevo donde el hombre ya no avanza porque todo esté demostrado, sino porque ha descubierto a Aquel de quien puede fiarse plenamente.

La fe aparece así como la forma más alta de libertad. El hombre deja de vivir prisionero del miedo, de la necesidad constante de demostrarlo todo o de la obsesión por controlar el futuro. Se abre a una dimensión nueva donde la existencia deja de apoyarse únicamente en las propias fuerzas. Dios no sustituye la libertad humana; la lleva a su máxima expresión. Quien vive desde la fe aprende a caminar hacia lo desconocido sin angustia, porque sabe que el fundamento último de su vida no depende de sus propias seguridades, sino del amor infinito que sostiene toda la realidad. La verdadera novedad del cristianismo consiste precisamente en anunciar que Dios no invita al hombre a permanecer encerrado en el temor o en la ley, sino a vivir desde una confianza absoluta que transforma el miedo en libertad, la incertidumbre en esperanza y la existencia entera en una respuesta de amor al Amor que la precede y la sostiene.

La experiencia de Dios

La fe cristiana no consiste únicamente en creer en Dios, sino en dejar que toda la existencia sea transformada por Él. Esta transformación tiene un objetivo preciso: el nacimiento del hombre nuevo. Cristo no vino simplemente a enseñar una doctrina o a establecer una moral más elevada, sino a inaugurar una humanidad distinta. El Evangelio presenta continuamente esta novedad como el rasgo característico del cristianismo. Todo cuanto Dios toca se renueva, porque Dios nunca permanece anclado en el pasado. La historia de la salvación avanza siempre hacia una plenitud mayor. La fidelidad al pasado sólo tiene sentido cuando éste actúa como fundamento que impulsa hacia el futuro. Aferrarse a lo antiguo por el simple hecho de ser antiguo significa detener el dinamismo propio del Evangelio. La tradición auténtica nunca inmoviliza; al contrario, permite que cada generación descubra aspectos nuevos de la misma verdad. El hombre nuevo no es quien rompe con todo lo anterior, sino quien recibe la riqueza del pasado para seguir creciendo sin cesar hacia una realidad más plena.

Este crecimiento sólo resulta posible mediante un proceso continuo de vaciamiento interior. La tradición cristiana expresa esta realidad con la palabra griega *kénosis*, que significa despojo o vaciamiento. San Pablo afirma que Cristo «se despojó de su rango» para asumir plenamente la condición humana. Ese vaciamiento no constituye un episodio aislado de la vida de Jesús, sino la ley fundamental de toda existencia cristiana. Resulta significativo que en griego la palabra que designa el vacío (*kenós*) aparezca íntimamente relacionada con la idea de novedad (*kainós*). El mensaje es profundamente simbólico: sólo quien se vacía puede llegar a ser verdaderamente nuevo. La novedad nace precisamente allí donde el hombre deja espacio para que Dios actúe. Cuanto más lleno está de sí mismo, menos capacidad posee para acoger la vida nueva. En cambio, cuanto más aprende a desprenderse de sus seguridades, más plenamente renace. El hombre nuevo es, en definitiva, un hombre que ha aprendido a vaciarse para dejar que Dios ocupe el centro de su existencia.

Este vaciamiento no debe entenderse únicamente como una actitud ascética o moral. Constituye una experiencia existencial que atraviesa toda la vida humana. El hombre suele construir alrededor de sí una red de seguridades basada en el conocimiento, el poder, el prestigio, el

dinero, la cultura o los afectos. Todas ellas poseen un valor relativo, pero ninguna puede convertirse en fundamento absoluto de la existencia. La experiencia de Dios comienza precisamente cuando esas falsas seguridades empiezan a resquebrajarse. Por eso los grandes místicos hablan continuamente de la noche oscura, del desierto, del silencio o del desprendimiento. No se trata de buscar el sufrimiento por sí mismo, sino de reconocer que Dios suele hacerse presente cuando el hombre deja de apoyarse exclusivamente en sí mismo. La experiencia religiosa más profunda no consiste en acumular certezas, sino en aprender a vivir desde una confianza radical que nace precisamente del despojo interior.

Jesucristo realiza de manera perfecta este camino. Desde el comienzo de su vida la encarnación aparece marcada por la pobreza. El Hijo de Dios nace en un pesebre, crece en una familia humilde, trabaja como un hombre cualquiera y desarrolla toda su misión entre personas sencillas. Los Evangelios no intentan ocultar esta realidad, sino todo lo contrario. Precisamente porque esos detalles resultaban poco prestigiosos para una biografía heroica constituyen un poderoso argumento de autenticidad histórica. Ningún autor habría inventado voluntariamente un origen tan humilde para quien pretendía presentar como Salvador del mundo. Jesús necesita dormir, comer, descansar, aprender y crecer. Experimenta la amistad, el cansancio, la tristeza y el abandono. No interpreta un papel divino fingiendo ser hombre; vive plenamente la condición humana. La grandeza de Dios no consiste en ocultar la humanidad de Cristo, sino en manifestarse precisamente a través de ella. La verdadera omnipotencia divina aparece revestida de debilidad.

La culminación de esta *kénosis* tiene lugar en la cruz. Allí Cristo experimenta el despojo absoluto. Parece perderlo todo: el reconocimiento, los discípulos, la fuerza física e incluso la experiencia sensible de la cercanía del Padre. Humanamente sólo queda el fracaso. Sin embargo, precisamente en ese vacío total nace la vida definitiva. La resurrección no contradice la cruz, sino que manifiesta el fruto que había estado gestándose silenciosamente en ella. El vacío se convierte en plenitud; la muerte engendra vida; el despojo da origen al hombre nuevo. Toda la existencia cristiana queda iluminada por esta lógica. Dios no salva evitando el vacío, sino transformándolo desde dentro.

Jesús utiliza constantemente la figura del niño para explicar esta realidad. Cuando afirma que sólo quienes se hagan como niños entrarán en el Reino de los Cielos, no invita a una actitud infantil o inmadura. El niño representa la condición más profunda del ser humano. Vive radicalmente necesitado de los demás y experimenta una angustia fundamental: el miedo a ser abandonado. El adulto intenta ocultar esa fragilidad acumulando seguridades exteriores, pero bajo todas ellas continúa existiendo el mismo niño vulnerable. La auténtica madurez espiritual no consiste en eliminar esa dependencia, sino en reconocerla. Volver a ser niño significa abandonar la ilusión de la autosuficiencia y aceptar que la existencia entera descansa finalmente en Dios. Quien acepta esa pobreza interior deja de construir su vida sobre apoyos pasajeros y aprende a caminar sostenido únicamente por la confianza.

Esta infancia espiritual constituye el verdadero camino hacia Dios. No es casual que Cristo coloque un niño en medio de los discípulos cuando éstos discuten sobre quién es el mayor. El Reino no pertenece a quienes acumulan méritos, conocimientos o poder, sino a quienes permanecen abiertos, disponibles y confiados. La vulnerabilidad deja entonces de ser un defecto para convertirse en la puerta de entrada a la experiencia de Dios. Cuanto más consciente es el hombre de su necesidad, más espacio existe para que Dios actúe en él. La fuerza del cristianismo no nace de la autosuficiencia, sino precisamente de la capacidad de reconocer la propia pobreza.

Por eso el Evangelio presenta una constante inversión de los criterios humanos. Allí donde el mundo busca grandeza, Dios elige pequeñez; donde el hombre admira el éxito, Dios revela la fecundidad del fracaso; donde parece existir únicamente vacío, comienza silenciosamente una creación nueva. La lógica de la *kénosis* atraviesa toda la historia de la salvación y continúa actuando en cada creyente. Cada pérdida puede convertirse en un comienzo, cada crisis en una oportunidad de crecimiento y cada despojo en el nacimiento de una humanidad más plena. El cristianismo no promete una vida exenta de dificultades, sino una forma nueva de comprenderlas. Nada de cuanto el hombre vive desde la confianza queda estéril.

El hombre nuevo no aparece de una vez para siempre. Es un proceso permanente de renovación. Cada día exige volver a vaciarse de las falsas seguridades que inevitablemente

vuelven a surgir. La novedad cristiana no consiste en haber cambiado una vez, sino en dejarse renovar continuamente por Dios. Como recordaba san Agustín, el hombre nuevo canta siempre un cántico nuevo. La existencia creyente permanece abierta al futuro porque Dios nunca deja de crear. Toda la tradición cristiana impulsa precisamente hacia esa renovación constante. El pasado ofrece sus raíces, pero la vida sólo permanece viva cuando continúa creciendo. El hombre nuevo es aquel que acepta recorrer sin miedo este camino de continuo despojo y continua renovación, sabiendo que únicamente quien aprende a perderse a sí mismo puede descubrir finalmente la plenitud de la vida en Dios.